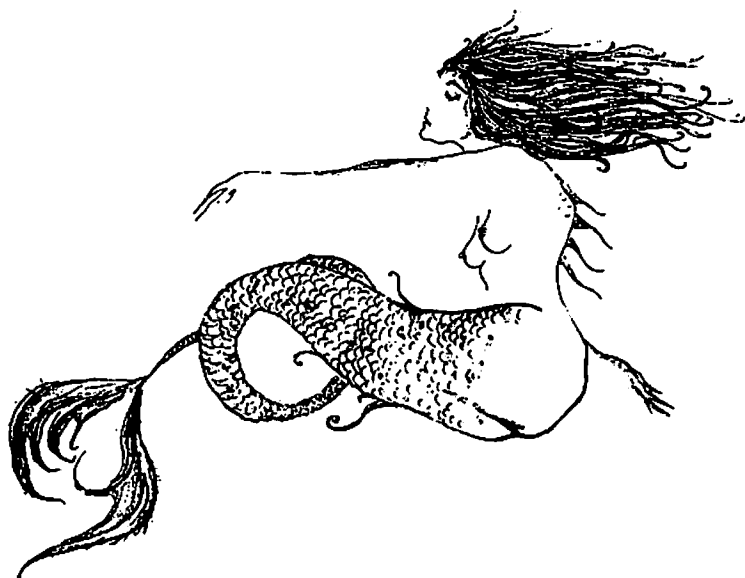

Pliego suelto *de la colmena*

Entrega No. 18 Revista de la UAEM abril-junio 1998

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

De voces converso



Dibujos de PATRICIA ROMERO

VIEJO POETA QUE SE VA QUEDANDO ENTRE NOSOTROS

NOS HEMOS dado cita para citarte
en el lugar común,
nunca más cierto,
de que tu muerte no cabe en las palabras.
Será tal vez que la palabra muerte
perdió razón de ser con la poesía.

Un cadáver velado es otra cosa.
Poca cosa.
Turbia materia expuesta a lo indecible,
a todo aquello que se dice de cualquiera,
menos una verdad radiante:
que hoy amaneció sin ti
y el mundo sigue como si nada.

Hemos oído lo de siempre,
que dejas un inmenso vacío,
que nadie ocupará tu sitio de poeta vivo mayor.
Ignoran que cada uno es la medida precisa de su obra.

El espacio de la poesía es urgencia de eternidad
que vence al tiempo.
Únicamente dejan hueco los versos sin poesía.

Tu ausencia es la que ya no cabe en ningún sitio.
Pero ni la poesía descansa en paz
ni Paz descansa.

Sólo un poeta sabe
cuánto se está muriendo mientras vive.
Por eso sueña y funda su ultratumba.

El otro mundo del poeta
está en el más acá
y es carne viva,
clon de la dúctil materia de los sueños,
réplica de la esencia,
fecundación in vitro,
tú en mí por ti del otro lado del espejo.

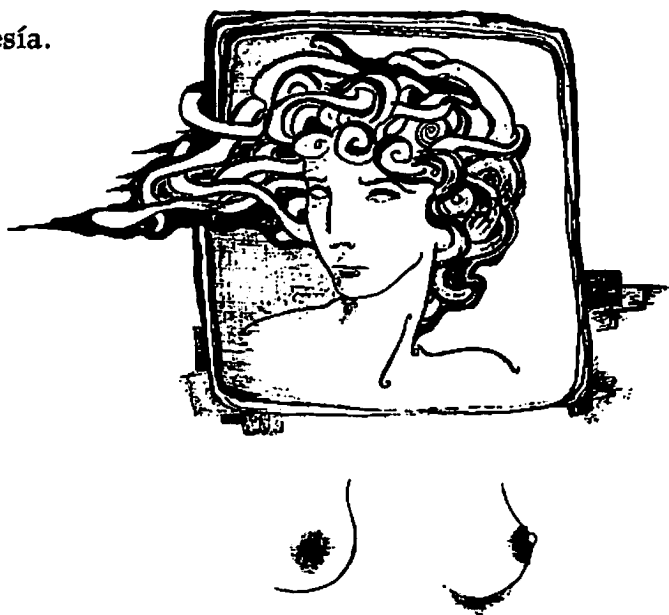
Desde hoy cuando te leo,
verbo encarnado en tinta para siempre,
a debatir te invoco.
Acudes cuando te cito a donde quiero.

Sólo se fue cualquier cosa de ti,
lo más gastado.

Tu verdad está a prueba,
no hay engaño,
eres lo que aparentas,
la palabra desnuda
sin apetitos ni debilidades de hombre que te desdigan.

Como todos los días
el poeta ha muerto,
pero qué viva la poesía.

Que viva la poesía.



MAESTRA MADURA QUE NO QUIERE SENTIRSE USADA

NOS HA tocado el fin de la historia
con la ventisca de su respiración.

Abolidas las puertas del paraíso,
todo termina como un juego de dados.
Algunos han ganado sin arriesgar
y otros
apostándolo todo
perdieron.

Esperábamos oír las trompetas del Día del Juicio
y sólo una voz impersonal
va leyendo en el altavoz
los nombres de los 300 afortunados.
La lista de *Forbes* es el veredicto del Gran Árbitro.
Leer la nómina de los derrotados sería el cuento de nunca
[acabar.

(Perdió su equipo, lástima, Señor Jesucristo.
Qué managers triunfadores hubieran sido
herr Carlos Marx, tovarich Lenin
de no haber equivocado la camiseta).

Borrón y cuenta nueva.
No tiene caso seguir jugando,
para qué,
si los apostadores se han retirado
y no hay más fichas sobre la mesa.

¿Y todos los que dieron algún día su vida por algo?
¿Los que creían fecundar con su sangre el mundo?
De todos modos estarían muertos.
Aquel martirologio perdió sentido.
Quizás nunca lo tuvo.
Hoy importan el rol, el score, el raiting, el standing.
La cotidiana cotización en la bolsa de mitos útiles.

Sobre la historia, maestra, las coronas,
un moño negro en la puerta de cada archivo
y una empinada pira de fichas de trabajo.

Arderá sólo la memoria inútil de los ardidos por el tiempo.
Anales somos y en cenizas de crónica nos convertiremos.
"Como una pintura nos iremos borrando..."

Fórmula infalible:

Amnesia crónica para aliviarse
por esta inevitablemente necesaria mutilación del pasado.
Internauta, has llegado a la región más inmediata del aire,
tu presencia en la red te hace presente.

Quedan algunos locos por ahí.
¿Quién abusa de quién cuando recuerda?
¿Quién que padezca la manía de correr tras de sus fantasmas
no busca la complicidad de otros cazadores furtivos?

Llegan de noche a la caverna,
muestran al grupo sus presas,
las destazan,
las asan junto al fuego
y una vez satisfechos van repitiendo
ese ritual "hubo una vez"
iniciador del cuento que hoy acaba. Aunque

nos ha tocado el fin de la historia
con el helado soplo de su guillotina.



SEÑOR MUY SERIO QUE DEPLORA EL HOY QUE YA NO ES COMO AYER

DE REPENTE ya nadie te conoce.

Nadie que dé razón de ti,
de tus andanzas.

Sólo tú te das cuenta.

Das cuenta de tu ser y te dueles.

La ciudad,

tu ciudad

es una plaza tomada.

Ancho y ajeno el mundo

entró en ella de noche

y no saldrá.

Tu ciudad es un tren de jadeos

y tu nostalgia una mínima estación deshabitada.

Han penetrado en tu sombrío solar

los fuereños,

hurgan en tus escondites,

husmean rastros en tus senderos secretos

y he aquí que ya no hay intimidad

en los espacios que volviste tuyos

con cada travesura y beso y vómito.

De pronto la ciudad no es algo tuyo.
Les pertenece a tantos
que a nadie le importa en realidad
si vas o vienes
con quién
a dónde
y para qué.
No más miradas de reproche, de envidia, de cualquier cosa.

¿Acaso te das cuenta cómo estrenas
una gratuita libertad inmerecida?

Te atemoriza, tiemblas y te acorralas.
Dónde han ido los otros
—te preguntas—
la gente con su qué dirán,
los chismorreos corrientes como pan nuestro de cada día
y las gruesas cortinas agitándose al paso del vecindario.
Dónde ha quedado el dulce recato de la provincia,
dónde la tierra firme donde nos enseñaron a poner los pies.

¿Qué crees, amigo? Te rebasó la vida.

Deberías andar como todos
en tus cosas
si tus cosas no anduvieran por todas partes
enmascaradas de remordimientos.

Cómo vas a vivir
muriéndote de miedo
por sentirte tan libre
con el futuro adherido a la piel
si nadie,
nadie en tu propia ciudad
te reconoce.



MUCHACHA TRISTE QUE ME VISITA PARA TENER CON QUIEN HABLAR DE NADA

CUANDO te dije
vete tan lejos como puedas
ya me estaba pesando tu lejanía.

Pero quiero que seas, así de simple.

Ayer aquí los jóvenes envejecimos sin provecho.
Sin siquiera saber lo que buscábamos.
¿En otro sitio lo sabríamos?
Tal vez tampoco, pero no duele tanto saberlo sin reproches.

Me cuentas que te golpea tu casa,
que te hiere la escuela,
que hasta la calle te maltrata.
Dices que todo te hace sentir el peso de ser hembra y no
[varón.

Tu padre hubiese querido un primogénito
y le naciste carne de esclavitud,
frágil honor amenazado,
carga inútil.

Fabricas universos en cambio,

haces papiroflexia de imágenes,
las lanzas a la aventura
y todavía te preguntas si podrás ir tras ellas.

Toma distancia, muchacha,
guarda en una mascada tus duelos y dolencias,
átalos al extremo de una caña de bambú
y vete por cualquiera de las puertas de la ciudad.
Son arcos de la derrota
ideales para marcharse.

Alza tu vida en vilo,
trépatela a horcajadas
y sal de esta capilla ardiente de soledad.

Para restablecerla
lleva tu vida
a las curas de mar,
a los masajes de rosa magnética,
al barro curativo de los caminos,
el ungüento sutil de ausencia
que cura el mal mortal del ensimismamiento.

Muchacha, márchate por ti y por mí cuando tenía veinte
[años,
carga como amuleto esta lástima
de tan maltrecha juventud asolada.

Esta ciudad también me pretendió distinto.

Pero a ti no,
no más, no para siempre.
Márchate.

Que con el tiempo no te pese el tiempo al alto vacío.
El vacío del tiempo
en esta altura.



NIÑO CON LA CARA PINTADA QUE PIDE LIMOSNA EN UNA ESQUINA

EL GRAN payaso, payasito, es algo serio.
Es la mueca del alma
frente a la angustia del no ser.

El gran payaso saca de sí lo más humano,
lo defectuoso por naturaleza,
lo sublimemente imperfecto.

Frente al espejo es como un dios
que perfecciona el día de la creación
al modelar en la arcilla de su rostro
la sorpresa de Adán
a medio trecho entre el fruto prohibido y la desnudez de
[Eva.

Los pies del gran payaso,
payasito,
se enredarán uno con otro
una y otra vez
sólo por demostrar que el hombre es un animal que tropieza.

Poeta de la persistencia en el error,
después de cada pirueta el gran payaso
escuchará el ruidoso aplauso de
quien lo hizo y lo llenó de gracia.

El gran payaso es infinitamente rico,
derrocha gusto de vivir.
No pide. Se nos da a manos llenas.

Abusado, payasito de la calle,
tú con el hambre dibujada en el rostro,
abusado siempre,
abusado por otros y cuidándote de todos,
eres la mueca trágica de esta civilización,
la flor de sus alcantarillas.

No hubo para ti bienaventuranzas en el sermón,
pero sí alguien que te vendiera por treinta monedas
y una soberbia muchedumbre que en ti se lava las manos.
Nadie que se confiese culpable de tu escarnio.
Existe pese a todo y anda libre.
Quien hizo del gran payaso un pordiosero
también ha sido capaz de pintar como payaso a un niño con
[hambre.

Qué cantidad de dueños tiene la pista de este circo.
Pero qué payasada tan grande,
payasito: eres
nuestra peor acción del día
y lo que puede condenarnos a otra vida como la tuya.



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM

Diseño: Gabriela Vélez Chavarría